

A photograph of a young woman with long brown hair, wearing a light-colored sweater and dark pants, walking on a cobblestone street. She is using a silver cane. In the background, two other people are walking away from the camera. The street is lined with buildings, and a modern building is visible in the distance under a clear sky.

Alessandra Nardini, 22 años, nació con espina bífida y usa muletas para caminar. El año pasado fue rechazada en un trabajo y ahí comenzó su lucha contra la discriminación. Esta es la historia.

POR CLAUDIO GAETE H. FOTOS SERGIO LÓPEZI.

DISCRIMINACIÓN A LA CHILENA

"Si me hubieran dicho, esto es lo que hay que hacer y yo pienso que en realidad no me la puedo, hubiese dicho que no, sin ningún problema. Pero esa es una decisión mía, no de ellos", dice Alessandra sobre el trabajo donde fue rechazada.



A principios de octubre del año pasado, una amiga le dijo que sabía de un buen trabajo: sólo tres días, un seminario médico en el Espacio Riesco, 200 mil pesos para el bolsillo.

Pese a haber nacido con espina bífida (mielomeningosele) y ayudarse de dos muletas para poder caminar, Alessandra Nardini siempre ha sido independiente y trabaja para poder viajar y tomar vacaciones. Con unas amigas querían irse a Costa Rica.

El 11 de octubre envió un mail para postular al trabajo. Seis días después recibió la respuesta. Le asignaban una posición. Sin saberlo, estaba comenzando un ingrato capítulo en su vida, que la tiene hoy luchando por sus derechos.

Un episodio de su infancia la retrata. Tendría unos 8 años, estaba en una plaza junto a su madre. Era más pequeña que el promedio debido a su enfermedad. Las muletas le impedían subirse a los árboles, pero podía desplazarse. Junto a ella, recuerda, había una señora que la miraba con compasión: "Ay, pobrecita", le dijo. Alessandra la miró, y le respondió: "Cómo que pobrecita, yo tengo una familia, tengo padres que me quieren, tengo hermanos, soy linda, no soy pobrecita". La señora quedó sin habla y a Alessandra le parece increíble haber hablado así, pese a ser tan niña.

Hoy tiene 22 años, estudia psicología en la U. del Desarrollo, sigue siendo más pequeña que el promedio y se desplaza con agilidad con sus muletas. No se considera diferente del resto. Maneja su propio

auto, adaptado para ser usado sólo con las manos; le gusta nadar, sube y baja escaleras. En su mente, dice, no hay límites, pero sabe que eso también es una dificultad.

-Sé que no tengo que sobreexigirme tanto. Me pongo en una posición de que soy capaz de cualquier cosa, porque de verdad lo siento corporalmente. Pero debo entender que tengo limitaciones físicas, y para mí ha sido muy difícil aceptarlo. Siempre me he considerado normal.

Por ello le dolió lo que sucedió a fines del año pasado, cuando finalmente no pudo trabajar en el seminario médico y fue objeto de lo que ella califica como un acto de discriminación.

A pesar de que fue aceptada en principio, cuando ella contó que usaba muletas le dijeron que su petición había sido rechazada porque no había posiciones donde ella pudiera estar sin moverse, pese a que Alessandra estaba dispuesta a desplazarse si era necesario.

El caso escaló en un ir y venir de correos electrónicos, y llegó a manos de abogados, sin que se lograra un acuerdo entre las partes.

-Quiero que esto no pase nunca más. De qué sirve que durante dos días al año nos peguemos con una piedra en el pecho y nos pongamos a llorar con las historias de la Teletón. Esa plata que se junta es para rehabilitar y para que después se inserten en el mundo laboral. De qué sirve dar esa plata y después cerrar las puertas a la gente. Uno se rehabilita para poder surgir, ser independiente, ganar plata, tener tu departamento y hacer todos los proyectos que uno quiera. Mi objetivo es que se tome conciencia

de que nosotros no somos solo roles, somos personas de verdad, y eso se nos olvida constantemente. Sobre todo en el mundo laboral, que es más impersonal.

El peso de las muletas

Cuando tenía un mes y 20 días de vida, Alessandra tuvo la primera de 10 operaciones que le han realizado hasta la fecha. La más grande fue a los 10 años: pasó seis meses acostada, sin moverse y con yeso en gran parte del cuerpo.

Después de eso, cuando ya estaba dada de alta, tuvo un accidente: a los 11 años fue atropellada. “Estaba sentada en la parte de adelante de un auto, apoyada, y como soy chica, no me vieron, y la persona echó a andar el auto y avanzó nomás. Me quebré la pierna derecha, el fémur, y tuve dos operaciones más. Fue súper potente la fractura.

-¿Tuvo momentos de debilidad, de preguntarse “por qué a mí”?

-Sí, por supuesto. Siempre me acuerdo que de chica me preguntaba por qué Dios me hizo así. Pero no era una pregunta de “pobre de mí”, sino de curiosidad. La compasión nunca ha estado en mi vida. Estos últimos años han sido

más relajados, voy al doctor solo una vez al año. Pero me acuerdo que antes me pegaba unas lloradas una o dos veces al año. Pero me despertaba al día siguiente y se hacía lo que había que hacer, y punto. Nunca hubo mucho tiempo ni ganas para cuestionarme.

-¿Sabía en qué consistía el trabajo donde la rechazaron?

-Sí; dependiendo de dónde me pusieran, tenía que estar en el registro, abrir las puertas del salón. El único requisito era hablar perfectamente inglés. Viví tres años en Estados Unidos.

El 18 de octubre, al día siguiente de recibir el correo en que le asignaban una posición, le envió una respuesta a Elizabeth Mora, la persona que estaba reclutando al personal, donde le contó su situación.

-Nací con un problema, por lo que ocupo muletas para caminar, pero no tengo mayor problema en mi movilidad con las manos. Te cuento esto para que veas en qué posición me podrías poner para el trabajo.

No obtuvo respuesta inmediata y le envió otro mail, donde le señaló que su hermano también estaba interesado en trabajar.

El 27 de octubre le llegó la respuesta.

-Estuve conversando tu situación con mi cliente, y no fue aceptada. Yo tuve que

plantear esto porque conozco lo complicado y estricto de este cliente, y por ningún motivo te voy a exponer a una situación desagradable y complicada.

En estos congresos no existen posiciones donde te pueda tener sin moverte. Espacio Riesco es enorme, y el ir y venir es agotador para cualquiera; las chicas terminan muertas.

Alessandra cuenta que le dio mucha pena cuando recibió ese mail. “Nunca pensé que me iban a decir que no, si el requisito era hablar inglés. Me puse a llorar, y

mi mamá me sugirió que pidiera una entrevista para que tuvieran la opción de conocerme”. Así lo hizo, pero no recibió respuesta. En ese momento su padre, Franco Nardini, le escribió un mail a Elizabeth Mora y Catalina Hardoy, ambas encargadas de la selección del personal.

-Entiendo que puedan tener reparos porque usa muletas, pero creo que por lo menos deberían darle la oportunidad para conocerla y darse cuenta de que puede ser un gran aporte. Estamos ya avanzados en un mundo integrado, y duele que pueda asomarse siquiera un grado de discriminación, más aún cuando todos vamos en esa dirección, hasta nuestro país en desarrollo, donde se ha aprobado recientemente la ley Zamudio.

Espero tu pronta respuesta y que no sea necesario llegar a hacer otro tipo de presión para lograr la entrevista, cosa que estoy dispuesto a hacer sin ninguna duda.

La respuesta no tardó.

-Entiendo absolutamente su posición, pero lamentablemente nosotros conocemos las características de este cliente, y como ya le dije a ella, no la vamos a exponer, y tampoco a nuestra empresa, y esa es nuestra última palabra al respecto.

Yo le prometí a ella que cuando nosotros tengamos otra instancia en donde seamos los dueños del evento, con toda seguridad la consideraremos, porque justamente valoramos su fortaleza.

-Si me hubieran dicho, esto es lo que hay que hacer y yo pienso que en realidad no me la puedo, hubiese dicho que no, sin ningún problema. Pero esa es una decisión mía, no de ellos -dice Alessandra.

Después de la respuesta, ella decidió escribirles nuevamente. Quería dar por terminado el asunto.

-Es importante hacerte saber que lo mío no es un dolor de espalda, sino que es algo permanente, por lo que tengo que hacerme un lugar en este mundo y luchar para conseguir y lograr mis metas, ya que la cosa no está muy fácil, por lo que a veces la paciencia disminuye un poco.

Luego, para sorpresa suya, Alessandra recibió un mail de Catalina Hardoy por error.

-Mira el correo que me llegó (...). Por lo menos está en súper buena, lo que nos favorece porque nos deja tranquilas de que no va a q dejar ninguna cagada. (sic)

Fue esa última frase la que la motivó a llamar al abogado Leonardo Battaglia, quien le dijo que estaban ante un caso de discriminación. A fines de noviembre, intentaron llegar a un acuerdo extrajudicial, y propusieron tres opciones: que la empresa adopte un estatuto donde se prohíba discriminar, que le pidan disculpas a ella y que se realice un seminario antidiscriminación; o, la

opción que más le gustaba a Alessandra, que efectuaran una donación importante a la Teletón, que se realizaba por esos días.

-Pero no accedieron a ninguna de las cosas que había pedido. Y si no se llegaba a un acuerdo procedía una demanda. Nunca me pidieron perdón, nunca me escribieron, nunca me llamaron.

Alessandra dice que ahora debe seguir adelante.

-Mi objetivo es hablar por los otros, porque a nosotros nos toca la vida súper dura y esto la pone mucho más dura aún. Uno se siente diferente, porque los demás nos miran diferente. Tengo conciencia de que soy muy privilegiada por acceder a una educación y a una salud de calidad, y creo que es mi deber el poder ayudar. Yo quiero hacer psicología comunitaria por eso, porque mi objetivo de vida es entregar a los demás lo que yo tuve. No es un tema económico, es un tema de surgimiento. Para un discapacitado es muy difícil vivir en Chile, pues no hay mucha educación cívica al respecto. Los discapacitados están puestos en un pedestal en la Teletón, pero luego se acaba. Sé que tengo un problema físico, pero todos tenemos problemas. Yo no tengo más problemas que los demás, para nada. S

“HABRÍA SIDO PERJUDICIAL PARA ELLA”

Elizabeth Mora, una de las personas que trabajaron en el proceso de reclutamiento para el seminario en Espacio Riesco, habló con “Sábado” sobre la situación que vivió Alessandra. Afirma que ella no trabaja para la empresa que organizó el evento, sino que sólo ayudó en el proceso de selección.

Además, sostiene que Espacio Riesco es muy grande y que por ello consideró que habría sido perjudicial para Alessandra trabajar ahí.

-Hay chicas deportistas de alto rendimiento, jugadoras de hockey, que terminaron agotadas, porque esto es un ir y venir todo el día. En otras circunstancias, para mí no sería ningún problema, pero el último día nos cancelaron el salón Vip y el salón donde las chicas podían estar sentadas. No dudo que ella tenga muchas capacidades, pero creo que habría sido bastante más perjudicial para ella si la hubiesen contratado y le hubiesen pedido subir y bajar pisos todo el día.

-¿Y la posición en la recepción no era posible?

-Eso dependía del organizador, que lo hizo con su propio personal.

-En el calendario que usted le mandó a Alessandra sale una persona asignada a recepción.

-Gente que hubo que sacar. Hubo cuatro o cinco posiciones que finalmente no se tercerizaron.

Elizabeth dice que fue el cliente, cuyo nombre no quiso revelar, quien tomó la decisión de no tomar a Alessandra para el trabajo y que tampoco aceptó la petición de entrevistarse con ella. “No quiso entrevistarse con nadie, porque para eso les encomendó esto a otras personas”, afirma.

-Un mail enviado por error detonó la acción legal de Alessandra.

-Obviamente es un comentario interno que no se debió filtrar, pero cualquiera habría comentado lo mismo. El padre de Alessandra nos amenazó por teléfono, que yo voy a dejar la cagada, que voy a seguir hasta las últimas consecuencias. Yo no tenía por qué tolerarlo.



“

Quiero que
esto no pase
nunca más. De
qué sirve que
durante dos días
nos pongamos
a llorar con las
historias de la
Teletón

”